



Lito. de M. Murguía y C<sup>a</sup>

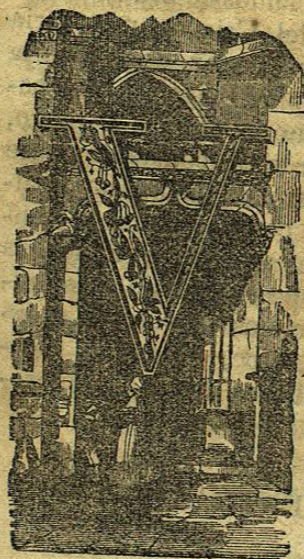
EL MAESTRO DE ESCUELA.



# El Maestro de Escuela.

CONFESIONES DE UN PEDAGOGO.

*Yo pecador me confieso, &c.—EL CATECISMO.*



ARIOS son los que han escrito sus confesiones, y entre esos varios se cuentan un santo, un filósofo y un artista chabacano. Si no me engaño, el santo confesó sus pecados: el filósofo los suyos y los ajenos; y en cuanto al artista Silvio, *Champfleury* contó de él lo que le dió la gana. Con tales ejemplos, hoy se me ha ocurrido confesarme sin ser pascua florida, y según el magnífico sistema de los dos últimos penitentes, haciendo firme propósito de pu-



blicar mis pecadillos, y quizá muchos ajenos, *sin callar á sabiendas mortal alguno.*

He dicho ya el primero de mis pecados declarando que eso de confesarme públicamente no es parto de mi mollera, sino que ya otros lo han hecho antes que yo. Fáltame ahora decir dos palabras respecto del epígrafe.

Fíguro, el célebre crítico español, conoció hombres que no podían escribir dos palabras, sin echarse por delante un epígrafe á guisa de peon caminero que les fuera abriendo la vereda. Yo soy uno de esos hombres: pero á lo menos se coavendrá en que mi guía no es alemana, ni inglesa, ni francesa, ni la estraje del Dante ó del Petrarca, ni de Horacio ó de Virgilio, sino simplemente del Catecismo de Ripalda, el primer libro de mi biblioteca humilde, compuesta del silabario y la cartilla, del Fleuri y del Caton, del Electo Desiderio, y de la tabla de las cuatro primeras reglas aritméticas.

Dicho el segundo y mayor de mis pecados, que consiste en ser pobre y en carecer de Biblioteca, entremos en materia desde luego.

¡O tempora! ¡ó mores! Allá en nuestras mocedades, los que tuvimos un abuelo ó abuela en cuyas venas circulaba la sangre del Cid Campeador ó de D. Pelayo, oíamos de vez en cuando los nombres insonoros de: el *pedagogo*, el *maestro*, el *maestro de escuela*, y muy frecuentemente el *escuelero*, nombre que nos servia de *coco* al salir de los lábios del portero zocarron ó de la recamarera indígena. Mas de una vez oímos también aquella blasfemia filantrópica que ajaba la noble profesion de primeras letras, y nos estremecíamos de niños al considerar que la necesidad de completar la obra del Criador nos haria caer bajo la férula de un hombre caribe, que fué capaz de hacer la *última droga que se le hace al diablo. . . .* ¡Cáspita! tenga vd. que háberse las con un ente que ha embaucado al mismo zatanás! Y luego, saque vd. en limpio que el susodicho hombre está constantemente acompañado de un cortejo encantador, compuesto de disciplinas, palmetas, cepos, calabozos y orejas de burro, para coronar la noble frente de la obra mas perfecta de la creacion!—Pues así ni mas ni menos era como se nos representaba al *Pedagogo*: así pasamos bajo su omnimoda y penosa direccion, y así también nos hicimos un *maestro de escuela*, ó por mejor decir, yo solo fui el que me hice, creyendo escamotearle el alimento al diablo, y teniendo por única divisa la amorosísima frase de:

¡LA LETRA CON SANGRE ENTRA!

Hoy. . . . ¡Cuán distinto está el mundo! Los *institutos* brotan como las malvas; los colegios se reproducen de sus mismos miembros

como los pólipos; los *liceos* se propagan; y sobre todo, es tal lo que se ha adelantado en los nombres de las cosas que dentro de poco entenderé yo tanto del idioma español como del chino y del sanscrito. Hace dos dias trajeron á casa el siguiente convite que leyó mi muger, la cual desempeña entre otras cosas, el oficio de mis anteojos cuando los he perdido. La desgraciada comenzó á leer casi deletreando las palabras:

“El Director y demás Profesores del Instituto Franco-Hispano-Poligloto-Universal, ubicado junto del Hotel H. . . . suplican á V. les haga el honor de concurrir la noche del 15 al exámen anual que tendrá su verificativo en el repetido local, teniendo en seguida lugar. . . .”

—Por Dios, muger, qué desatinos estás diciendo?

—Yo, hijito, ningunos. Leo lo que está impreso en este papel, y nada mas.

—¡Impostora! quieres hacerme creer que los señores director y profesores no saben hablar en castellano?

—No por cierto. Lee y desengáñate por tus propios ojos.

—Daca, trae mis anteojos. . . .—En efecto: aquí dice. . . . Sabes, Bárbara, que esto se halla escrito en un idioma que nosotros los tontos no entendemos.

—¡Me alegro que lo conozcas! A ver si así te dá vergüenza, y estudias lo bastante para tener un colegio *Poligote*.

Bárbara me hizo observar la multitud de materias de que iban á ser examinados los alumnos:—“*Escritura en el carácter inglés, gótico y español; quirografia ornamentada, idiomas, teneduría, geografía, literatura, canto, música, baile, dibujo*, y otras muchas cosas que me hicieron ir á los premios, á mí que nunca me desvelo ni sereno. ¡Oh! pero aquello si que fué para alabar á Dios! Allí me encontré con un Sicilia y un Martinez López de seis años, un Torío de cinco, un Halsey de cuatro, un Capmany mudando los dientes incisivos, un Malte-Brun con trompos y pelotas en los bolsillos, un Jullien con el lápiz en una mano y la mamadera en la otra, y hasta un Momplaisir que ocho dias antes habia dejado las andaderas!

En seguida *tuvo lugar* la distribucion de premios, y de estos pude contar hasta ciento y tantos, siendo así que los alumnos apenas llegaban á sesenta.

—Delicioso! exclamé yo: el programa nos ocultó la agradable sorpresa de ver repetido el milagro de los panes y los peces. . . . aunque